

REUNIONES Y CONGRESOS

PRIMERAS JORNADAS DE RELIGIÓN Y SOCIEDAD EN LA ARGENTINA

MARIELA CEVA Y CLAUDIA TOURIS*

Durante los días 3 y 4 de junio se realizaron en la sede del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" las Primeras Jornadas de Religión y Sociedad en la Argentina organizadas por el Grupo de Trabajo "Religión y Sociedad en la Argentina Contemporánea", coordinado por los profesores Susana Bianchi (UNCPBA/Tandil) y Luis Alberto Romero (UBA).

Se presentaron doce ponencias, distribuidas en cuatro mesas, orientadas hacia los siguientes temas:

- La Iglesia en el Río de la Plata durante el siglo XIX.
- Congregaciones y órdenes religiosas en la provincia de Tucumán (fines del siglo XIX y principios del XX).
- El catolicismo argentino durante la década del treinta y el peronismo.
- Formas de participación católica durante las décadas del sesenta y del setenta.

La idea de conformar una mesa sobre la Iglesia en el Río de la Plata durante el período colonial y los inicios del siglo XIX se relacionó con la necesidad de encontrar aspectos que acerquen el debate en el ámbito de los estudios sobre religión y sociedad en la Argentina. En este sentido, en algunas ponencias se señalaron las limitaciones de las investigaciones actuales dedicadas al tema: el vacío relativo sobre el período 1820-1880 y una cierta polarización temática. Superarlas implicaría, además de la adquisición de nuevas herramientas, tender líneas de diálogo hacia otras disciplinas y áreas del conocimiento, y tomar mayor contacto con quienes estudian tanto los períodos previos como los posteriores.

* Grupo de Trabajo "Religión y Sociedad en la Argentina Contemporánea".

Pero a la vez son significativos los avances logrados. Entre ellos, una visión renovada de la Iglesia de principios del siglo XIX en la campaña bonaerense, donde la permanencia de tradiciones de larga data es evidente, así como los mecanismos utilizados por la Iglesia para penetrar en ese mundo. Se ha destacado el papel de ciertos actores, hasta el momento poco estudiados por la historiografía religiosa, como las cofradías. También, la importancia de la utilización de nuevas fuentes.

En la segunda mesa se trató el período 1880-1910. Las ponencias se refirieron a las órdenes y congregaciones religiosas en la provincia de Tucumán y se enmarcaron dentro del complicado enfrentamiento de la Iglesia y el Estado a fines del siglo XIX. La llegada de las órdenes y congregaciones estudiadas se vincula con la necesidad de ganar espacios que el Estado estaba ocupando. Los trabajos analizaban las diferentes estrategias puestas en práctica por los salesianos o por las dominicas, en su asentamiento en la provincia de Tucumán.

El asentamiento de los salesianos en la Argentina ha sido objeto ya de numerosas investigaciones. En la que aquí se presentó se destaca la especificidad de su acción en Tucumán, la relevante actividad desempeñada en el ámbito educativo, como también en la orientación del tiempo libre de los jóvenes. Sobre las dominicas, es notable su participación en momentos de crisis, por ejemplo durante la epidemia de cólera: aprovecharon aquellos espacios que el Estado cedía, y que les permitían acercarse a la sociedad “laica y descristianizada”. También se puso de manifiesto el comportamiento interno de las dominicas y las divergencias entre las normas y las prácticas, aspectos que –se señaló– también podrían ser abordados desde una perspectiva de género.

En contraste con la posición relativamente marginal de la Iglesia dentro del sistema institucional argentino a fines del siglo XIX, el siglo XX se caracteriza por la pretensión católica de recuperar espacios de influencia en sus relaciones con el poder político y la sociedad civil. Las ponencias referidas a la década del treinta focalizaron su mirada en el análisis de la conformación de la llamada “Nación Católica”. En nuestro país, esta ofensiva católica emerge crudamente en el intento de “inventar” una tradición católica para la nación, así como en su propósito de “cristianizar” el Estado durante la década consagrada.

El estrechamiento de los vínculos entre la Iglesia y las Fuerzas Armadas, recientemente subrayado por Loris Zanatta; la formación de cuadros católicos más proclives a identificarse con la institución eclesial que con cualquier partido político y la aspiración a ejercer el control de la educación, con el objeto de combatir los “males” engendrados por el liberalismo laicizante fueron los ejes sobre los cuales el catolicismo argentino planteó su “cruzada” conducente a replantear las bases de la identidad nacional.

Si bien las tendencias antiliberales no habían surgido en el ámbito católico ni eclesial, fue la Iglesia, la que logró articularlas y cohesionarlas en un proyecto político, social e ideológico, alternativo a lo que llamaban el “liberalismo”. Se trataba de construir un “nuevo orden cristiano”, una “nueva cristiandad”.

Importantes transformaciones institucionales y doctrinarias coadyuvaron a la maduración de este proyecto. Entre las primeras, se destaca el proceso de romanización, nacionalización y clericalización de la Iglesia y del catolicismo argentinos. Entre las segundas, el auge del pensamiento tomista definió la incompatibilidad absoluta del catolicismo con el liberalismo y el socialismo.

La asimilación del concepto de ciudadanía al de religión católica trajo aparejado, no sólo el ataque al Estado laico, sino también la definición del catolicismo como el "auténtico" pensamiento nacional, en detrimento de otras religiones e ideologías que son caracterizadas como "ideologías extranjeras".

El catolicismo es al mismo tiempo un lugar donde confluyen ideas, discursos y prácticas que lejos de ser homogéneos se muestran competitivos y desiguales, como lo demuestran las trayectorias intelectuales y públicas de algunos de sus referentes más importantes: monseñor De Andrea, monseñor Franceschi y el padre Julio Meinvielle. Es que más allá de sus diferentes posicionamientos filosóficos y políticos respecto de los regímenes totalitarios o de la cuestión social subyace en ellos un sustrato común de ideas acerca del rol que debían jugar la Iglesia y los católicos en el plano político y social.

La lectura y la relación que el catolicismo construye con la modernidad pareciera ser la premisa insoslayable para comprender muchas de sus principales definiciones frente a las consecuencias derivadas de aquélla: el liberalismo y el socialismo.

Los Cursos de Cultura Católica, la creación de la Acción Católica Argentina y el modelo de catolicismo integral propugnado desde la revista *Criterio* bajo el lema "restauración de la disciplina cristiana en la vida individual y colectiva" coadyuvaron al proceso de redefinición de la identidad nacional, convocando a las elites a ejercer sus "pedagogías" para la consecución de esos objetivos.

Aunque la avanzada católica de los años treinta no se plasmó finalmente en la conformación efectiva de la "nueva cristiandad" dejó una fuerte impronta en la cultura política nacional y podría afirmarse que el peronismo retomó varios de sus postulados.

Ciertamente, el advenimiento del peronismo obligó a la Iglesia a redefinir algunos de los temas centrales que venían debatiéndose en su seno desde la década del treinta.

La propuesta política del entonces coronel Perón parecía tener importantes puntos de intersección con los preceptos católicos: nacionalismo económico, anticomunismo y concepción de lo social que se apoyaba en la Doctrina Social de la Iglesia. ¿Había llegado el momento de consolidar la "Nación Católica"?

Las relaciones entre el peronismo y la Iglesia católica no fueron, sin embargo, sencillas ni pueden explicarse de una manera lineal a lo largo de las dos presidencias de Perón (1946-1955).

La aparente identificación entre el peronismo y la Iglesia católica no significó, en efecto, que desaparecieran las zonas de fricción ni de potenciales conflictos entre la Iglesia católica y el Estado, ni entre el universo católico en su conjunto y el poder po-

lítico y la sociedad civil. Si el peronismo se mostraba como un Estado generoso hacia la Iglesia (principalmente por la centralidad otorgada al catolicismo en la educación pública y el considerable aumento presupuestario destinado a dicha institución), el precio que aquélla debía pagar a cambio era demasiado oneroso.

Perón pretendió alinear dócilmente a la Iglesia bajo la influencia de un Estado con rasgos marcadamente autoritarios. Aunque la jerarquía asumiera un rol complaciente, las directivas de la Iglesia universal y la presión de los laicos y del clero joven evidenciaron un distanciamiento que iba a profundizarse a niveles insospechados en el marco de la polarización política extrema que a comienzos de los años cincuenta se instaló en la Argentina.

El activismo católico se alineó una vez más dispuesto a competir y “dar batalla” en todos aquellos espacios que comenzaron a ser pretendidos por la decidida estrategia de “adoctrinamiento” lanzada desde el Estado peronista.

El enfrentamiento entre el “cristianismo peronista” y el catolicismo universal definió sobre todo la incompatibilidad de dos modelos culturales con pretensiones totalizadoras y hegemónicas.

Es innegable pues que el papel jugado por la Iglesia y por los católicos en el golpe de 1955 evidenció –como en otras oportunidades– que su universo no era inmune a los conflictos que sacudían a la sociedad civil, pero principalmente demostró la necesidad de replantearse su modalidad de vinculación con los sectores populares que habían optado decididamente por el peronismo.

La renovación doctrinal impulsada por el Concilio Vaticano II y su incidencia en el ámbito latinoamericano a partir de la II Conferencia Episcopal de Medellín se tradujo en el catolicismo argentino en nuevas iniciativas de participación tanto laica como eclesial orientadas hacia la “opción por los pobres”.

Los trabajos presentados nos permitirían establecer una periodización en dos momentos respecto de los acelerados cambios que se producen en el universo católico argentino de aquel entonces. El primero de ellos coincide con las iniciativas inmediatas derivadas del clima posconciliar. La preocupación mayor estuvo centrada en la promoción de los sectores trabajadores y en ellos se focalizó la tarea en los campamentos el trabajo, los grupos misioneros y villas de emergencia.

Grupos de laicos autónomos del control de la jerarquía eclesiástica, equipos de reflexión, instituciones oficiales o semioficiales de la Iglesia, como la JOC (Juventud Obrera Católica), la JUC (Juventud Universitaria Católica) y la JEC (Juventud de Estudiantes Católicos), el Movimiento Rural de Acción Católica y grupos sacerdotales asesores de estas entidades constituyeron los sectores más activos de esta etapa.

Sin embargo, es necesario aclarar que este “acercamiento a lo popular” no fue asumido de igual manera por todos los sectores de la Iglesia. Se trató más bien del impulso que asumieron los sectores jóvenes del laicado y del clero. La jerarquía, en cambio, se mantuvo ajena a este proceso.

Los conflictos suscitados en numerosas diócesis del país, con posterioridad al Concilio, entre obispos frente a presbíteros, religiosas y laicos –Rosario ofrece un

ejemplo paradigmático– evidenciaron claramente la actitud de unos y de otros frente a estas transformaciones.

El segundo momento al que hacíamos referencia se caracteriza, en cambio, por la radicalización ideológica y política de los cuadros eclesiales.

La irrupción del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (1967-1976) marcó un punto de inflexión en la historia de la Iglesia de nuestro país, llegando a concentrar en torno suyo a casi el 10% del clero argentino. Sus definiciones y prácticas pastorales asumieron un tono denunciante y “profético”, cuestionando las bases dictatoriales del poder emanado de la “Revolución Argentina”, las “contradicciones flagrantes” del modo de producción capitalista, concluyendo que el socialismo “a la manera de Perón” debía ser el camino a seguir.

Se subrayó que –paradójicamente– en el caso latinoamericano y argentino la “renovación conciliar” no implicó el reconocimiento de la existencia legítima de un universo político pluralista sino que, por el contrario, se sumó al reforzamiento de una cultura política autoritaria y excluyente en la que los católicos también quedaron inmersos.

